

IV.

Distintas en gran manera son las fuentes históricas de los *romances caballerescos*: reflejando el espíritu feudal, que tan honradas raíces había echado entre los pueblos septentrionales, proceden de las novelas y libros de caballerías, género de literatura que estribando en la antigua mitología de los germanos, toma grande impulso en la era de las Cruzadas, ya por fundirse con las maravillosas tradiciones del Oriente las no menos peregrinas del Norte, ya por recibir aquella poesía más seductoras y brillantes formas. Existía de tiempo antiguo la teogonía caballerescas: los héroes de fuerzas prodigiosas, los genios de las montañas, las sirenas, los enanos, los magos y encantadores, vestigios eran de aquella especie de mitología, traída á las regiones septentrionales por Sigeeo ú Odino, y derramada en toda Europa por la espada de los normandos, quienes dieron nuevo espíritu de vida á las indicadas tradiciones, refrescando así todos los elementos poéticos de la caballería ¹. En contacto estos con la mitología asiática, que guardaba con ellos estrecha semejanza, merced á su común origen, se arraigan y fortifican entre los paladines del Santo Sepulcro, enriqueciéndose con nuevas ficciones y revistiéndose de fastuosas galas, cuyo extraordinario esplendor deslumbra á la muchedumbre, menoscabando acaso la gravedad del sentimiento caballeresco.

Cuando tracemos la historia del arte en el siglo XIV, tendremos ocasion de explicar con todo el detenimiento que punto de tanta importancia exige, cómo y en qué sazón se introducen en la literatura erudita de los castellanos estos elementos de extraña cultura ²: respecto de la poesía popular, á que especialmente se refieren las presentes investigaciones, lícito nos parece advertir que no logró tener grande significacion el espíritu caballeresco, tal como se había desarrollado en el resto de Europa, hasta la mencionada época. Oponíanse á ello las mismas

¹ Mr. Federico Schlegel, *Hist. de la liter. ant. y mod.*, tomo I, cap. VII.

² Cap. XXIV de la II.^a Parte, I del II Subcielo.

circunstancias que habían concurrido á fundar las nuevas monarquías, impulsándolas en su progresivo engrandecimiento. Mientras que era en las demás naciones la constitucion del feudalismo consecuencia inevitable del estado á que vinieron despues de la invasion y establecimiento en ellas de los bárbaros; mientras despedazadas por la anarquía, se erigia aquel tiránico poder en medio del desórden universal, á nombre de la libertad é independencia de unos pocos, siendo el más duro instrumento de la opresion ejercida por el fuerte sobre el débil y el menesteroso; mientras, en una palabra, era el capricho del hierro la única ley posible, fiadas á ella la seguridad pública y la seguridad doméstica, creábase en España bajo la sombra del trono, regulador constante de todos los elementos sociales, un sólo espíritu de nacionalidad, caminando grandes y pequeños á una misma meta, de todos conocida y vista por todos como el término legítimo de sus más elevadas esperanzas.

Recordemos sobre este punto el estudio que llevamos hecho hasta ahora: la literatura que nace en nuestro suelo es enteramente espontánea, como lo es tambien la que surge en mitad de aquel espantoso estado de fuerza y de violencia en que se aniquilaba Europa: los cantores populares de la Península Ibérica solemnizaban al propio tiempo las hazañas de nobles y pecheros, de caballeros y magnates, como que todos contribuían al mismo fin y obraban todos en bien de la independencia y engrandecimiento comun, alentados por un mismo sentimiento religioso: los poetas populares de los demás pueblos celebraban y excitaban con sus cantos la generosa protesta de los que, dotados de nobles y humanitarias ideas, se habían levantado para rechazar con el hierro la opresion del hierro, formando aquella resistencia armada que debía recibir el nombre de *caballería*. Sus inspiraciones buscaron natural apoyo en las antiguas tradiciones de los septentrionales, que habían canonizado el valor individual de sus primitivos héroes; y la poesía caballeresca se extendió rápidamente á todas las comarcas oprimidas por el feudalismo, como nuncio de la futura libertad y emancipacion de todas.

Mas impreso ya desde la prodigiosa victoria de Covadonga determinado sello á la civilizacion española, sello que no podía me-

nos de aparecer en la literatura y más principalmente en la poesía de la muchedumbre, si era popular la caballeresca en las regiones avasalladas por el terror del feudalismo, exigua representación é importancia podía lograr en el suelo de la Península Ibérica, donde nunca fué posible á aquel sistema echar extensas ni profundas raíces. Sólo en un momento de lamentable conturbación y cuando se amortigua, merced á guerras civiles y fratricidas, el sentimiento patriótico; sólo cuando se desploman sobre nuestro suelo falanges de aventureros, que árbitros del trono de Castilla en Calahorra y Montiel, se reparten las riquezas y el poderio, haciendo tristemente famoso el advenimiento al trono de Enrique II, se insinúa en la literatura docta y se refleja en la poesía popular la influencia de los *libros de caballerías* ¹.

Desde esta época comienzan pues á cultivarse en Castilla los romances designados con el título de *caballerescos*; pero como natural consecuencia de cuanto llevamos observado, sólo hallan favorable acogida entre los cantores *que sin ningún orden, regla nin cuento* consagraban su musa á las gentes de *baja é servil condicion*, aquellos asuntos que estaban más en armonía con las tradiciones y costumbres de nuestros mayores. Por esta causa, como observa cuerdamente nuestro sabio amigo don Agustín Durán, ni los libros del *Santo Greal* y del *Rey Artús*, ni los de *Merlin é Isaias el Triste* producen *romance* alguno, que se haya al menos transmitido á nuestros días: por esta causa llegan á gozar de no escasa popularidad y estima los romances tomados del ciclo carlovingio, á que sirve de base la famosa *Crónica de Turpin* y la *Historia de los cuatro hijos de Aymon*, donde se cuentan prodigiosas hazañas, acometidas y llevadas felizmente á cabo

¹ Reservándonos, según queda apuntado, dar toda la extensión debida á estas investigaciones en lugar oportuno, será bien observar aquí que este paso es tanto más natural en el siglo XIV, cuanto más estrecho era todavía el consorcio entre grandes y pequeños. Cuando se rompe esta unidad de aspiraciones y de esperanzas, se adhiere el pueblo de una manera inusitada á los héroes ficticios, para caer después en las aberraciones que notaremos al hablar de los *romances vulgares*. Pero estas consideraciones corresponden ya á época muy adelantada de la historia literaria.

contra los sarracenos. Pero los *romances caballerescos*, apareciendo en la época indicada y alimentándose de elementos que emanan directamente del sistema feudal, extraño á nuestro suelo, aunque amoldados ya á las creencias de la muchedumbre, aunque hermanados en parte con sus tradiciones históricas y revestidos de las formas ostentadas por los *cantares de gesta*, representan aquella especie de inacción patriótica, á que viene Castilla durante el imperio de la rama de Enrique II, inacción patriótica, de que sólo había de sacarla el genio inmortal de Isabel I.^a

V.

El triunfo definitivo alcanzado sobre Granada por esta celebrísima reina debía producir en la poesía popular una transformación de grande bulto y trascendencia. Reanimando aquel hecho memorable el espíritu del pueblo castellano, despertóse con mayor fuerza el entusiasmo patriótico; y apelando á sus antiguos recuerdos y comparando las hazañas de sus mayores con las llevadas gloriosamente á cabo durante el largo asedio de aquella poderosísima metrópoli, procuró reanudar el hilo de su historia poética, dando origen de este modo al género de *cantares ó romances* que han sido después designados con el nombre de *moriscos*. Justamente enorgullecidos los castellanos por haber dado feliz remate á la grande obra de la reconquista, y libres ya de todo recelo respecto de la independencia de España y de la libertad del cristianismo, hubieron de prorumpir en mil himnos de victoria, donde quedara para siempre consignado el universal alborozo que había cundido desde el Pirineo á las Columnas de Hércules, desde Finis-Terrae á Barcelona. Los nombres de Hernán Pérez del Pulgar, Garcilaso de la Vega, don Alfonso de Aguilar, don Rodrigo Ponce de León y otros cien capitanes, no menos valerosos, resonaron por todas partes, emulando la gloria de los antiguos héroes y formando singular contraste con los de Tarfe, Zaide, Muza y otros esforzados campeones de la morisma.

No se miraban ya en aquellos cantos las proezas de estos guerreros con el sobresalto y profundo odio que en siglos anteriores inspiraron los terribles ejércitos de Abd-er-Rahmán y

de Almanzor, de Alí-ben-Yuzeph y de Juzeph-Aben-Teschim y Abdu-Melik. Tampoco engendraban sus creencias y costumbres aquella aversion y desdeñoso desprecio de los pasados tiempos: el poderío de los granadines estaba por tierra; su religion vencida; sus mezquitas trocadas en iglesias; sus afligranados y suntuosos alcázares ¹, sus deleitosos jardines, sus regalados baños... todo habia caido en manos de los soldados de la cruz, é hi-riendo todo de improviso su exaltada imaginacion, la deslumbró con tanto fausto y brillo, halagándola voluptuosamente con el recuerdo de las famosas fiestas de Bibarrambla y los bulliciosos sa-raos de la Alhambra y del Generalife. Así los poetas populares, reflejando esta situacion extraordinaria, celebraron al entonar las alabanzas de los caudillos de Aragon y Castilla á los paladines sarracenos; describieron sus costumbres guerreras y sus artes de paz; pintaron sus justas y torneos, sus cañas y sortijas, y bosquejaron finalmente sus amores, sus celos y sus venganzas.

Pero debajo de las marlotas y almaizares con que vistieron aque-llos paladines, germinaban los afectos y las creencias de los mismos poetas, condicion suprema de todas las producciones de la litera-tura española, ya erudita, ya popular, y que estaba mostrando la irresistible fuerza de los elementos que animaban á la nacion en-tera. Los antiguos *cantares de gesta* se enriquecieron pues con

¹ Lo mismo se observa respecto de la historia de las artes, y en especiaj de la arquitectura, pareciéndonos conveniente trasladar aquí lo que deciamos sobre este punto en la introduccion á la segunda parte de nuestra *Toledo Pin-toresca*: «Las maravillas de la Alhambra debieron atraer vivamente su aten-cion (la de los cristianos), y tras la admiracion hubo de venir el deseo de imitar tanta grandeza. Así parecia natural que sucediera, y así sucedió en defecto: los arquitectos cristianos, que iban recibiendo de padres á hijos las máximas de un arte degenerado ya (el arte mudejar), corrieron á Granada á tomar nuevas lecciones; y viéronse al mismo tiempo levantar en diferentes puntos y distintas ciudades palacios y edificios ajustados á las tradiciones antiguas, si bien refrescados con la vista y estudio de los monumentos gra-nadinos.» De esta manera consignaba la arquitectura en la piedra y en el es-tuco aquel prodigioso triunfo de las armas cristianas que la poesia popular celebraba en sus cantares, manifestándose la unidad del arte en sus diferentes medios de expresion, y revelando así de consuno el sentimiento capital, la vida entera de la nacion en aquel momento solemne.

las galas de la poesia de los árabes andaluces; pero sin perder su primitiva esencia, sin renunciar á su antigua representacion respecto del pueblo que los cultivaba. *Históricos*, manifestaron la tenaz lucha de ambas civilizaciones: *moriscos*, fueron, digámoslo así, el himno de triunfo lanzado por los españoles en el momento de la victoria, y el *adios* que daba la civilizacion castellana á la sarracena al dirigirse esta, vencida y desterrada, al centro del África para ocultar allí su oprobio y su ruina. Los *romances mo-riscos*, que nacieron para satisfacer tan nobles instintos ¹, y que aparecen á nuestra vista como la fórmula más exacta y completa de la opinion general de España respecto de la conquista de Gra-nada, comenzando á ser cultivados en los últimos dias del si-glo XV, llegan hasta mediados del XVII, en que degenerado y enflaquecido el sentimiento que les dió vida, y hechos ya patri-monio de los poetas doctos, desaparecen al golpe de la sátira ², entre los escombros de la política y el naufragio de las letras.

VI.

El movimiento que desde los reinados de Juan II y Alfonso V, y principalmente desde la floreciente época de los Reyes Católi-

¹ No falta quien haya supuesto que los *romances moriscos* son origina-riamente árabes; pero este error, que se desvanece con el simple exámen de aquellos preciados cantos, ha sido ya rechazado enérgicamente por críticos contemporáneos, que como don Agustin Duran y don Ángel de Saavedra (du-que de Rivas) han visto sólo en semejante opinion notable falta de erudicion y de estudio. Véanse los prólogos del *Romancero*, dado á luz de 1828 á 1832, y el de los *Romances históricos*, publicados en 1841.

² Uno de los poetas que más se burlaron del abuso de los *romances mo-riscos* fué don Luis de Góngora, quien tan delicados, bellos y pintorescos los habia escrito. Entre estas sangrientas sátiras es notable la que principia:

Ah! mis señores poetas,
Descúbranse ya esas caras:
Desnúdense aquellos moros
Y acábense ya esas zambras.
Váyase con Dios Gazul,
Lieve el diablo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
A quien se las dió prestadas, etc.

cos, tomaron en Castilla los estudios clásicos, había cambiado entre tanto formalmente el aspecto de la literatura y poesía erudita. Vencida esta por el arte toscano latino, con la innovación llevada á cabo por Garcilaso, y acreditada con sus églogas la poesía bucólica, que en Italia había producido la *Arcadia* de Sannázaro, el *Pastor Fido* de Guarino y la *Aminta* del Tasso, se entregaron muchos poetas á la imitación de estas celebradas producciones. La *Diana* de Montemayor, á que siguieron, con otras posteriores, las del Salmantino y de Gil Polo; el *Pastor de Iberia* y *Ninfas y Pastores del Nares*, tan maltratados de Cervantes ¹; el *Pastor de Fílida*, y otras muchas novelas pastoriles en que procuraron los ingenios españoles seguir las huellas de los italianos, vinieron á crear un mundo poético, no menos extraño á las costumbres españolas que lo era el caballeresco, cuyos fantasmas logró desvanecer al cabo la prodigiosa sátira del cautivo de Lepanto.

Llevaba esta poesía el mismo camino que el resto de la literatura: careciéndose en las ciudades de verdadera libertad é independencia, efecto del estado político de la monarquía, necesitaron los hombres pensadores que sentían arder en su corazón el fuego del genio, salir al campo para respirar el aire libre de las florestas. Gozaban allí, en una vida facticia, de los placeres que les brindaba únicamente su imaginación, placeres tanto más pasajeros é incompletos cuanto más distantes se hallaban de la realidad que les ofendía; y empeñados en la imitación de los clásicos, griegos y latinos, ya lamentaron indirectamente y bajo formas bucólicas la pérdida de la libertad y los desastres que amenazaban al Estado ², ya contribuyeron en cierta manera á desnaturalizar la

¹ *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote*, Parte I.^a, caps. VI y VII.

² Desde que las *Coplas de Mingo Revulgo* aparecieron en Castilla para censurar la conducta de Enrique IV, fué arbitrio de los poetas valerse de los pastores, cabañas y ganados para significar el abandono, la inepticia ó tiranía de los reyes, poniendo así de resalto el estado de servidumbre política, á que la nación iba siendo reducida. Es por cierto notable el descubrir en la poesía española semejante inclinación, manifestándose en ella en parte comprobada la opinión de los críticos, relativa á que el arte simbólico del Oriente nació para representar la protesta pasiva de la esclavitud contra la incontrastable tiranía de las castas. En efecto, ¿qué otra cosa significan esas com-

poesía de los populares, alejando al romance (que emplearon también para bosquejar las fingidas Arcadias) de sus primitivas fuentes. Desalojada así la literatura popular de las trincheras en donde sucesivamente había defendido su independencia, se veía al cabo obligada á militar bajo extrañas banderas, naciendo de semejante servidumbre los *romances pastoriles*, que nada ó muy poco significaron directamente en nuestra poesía, durante los siglos XVI y XVII, respecto del estado social y político de España. No representaban ya, en efecto, aquel orden de ideas y de sentimientos que dieron vida á los *históricos*, que prestaron algún color á los *caballerescos* y que matizaban vigorosamente á los *moriscos*: abjurando hasta cierto punto de su originalidad, trazaron sólo escenas campestres, pintaron los juegos, los amores y los celos de los zagales, y aparecieron, para valernos de una expresión poética,

En traje pastoril, cogiendo flores ¹.

Mas aunque por esta senda se apartaban de su verdadero objeto, no puede negarse que los *romances pastoriles* fueron fácil instrumento para retratar la vida de las cabañas: aquella fresca y lozana forma, desarrollada al *sembrar los trigos*, no carecía por cierto de sencillez para acomodarse á las descripciones de los pacíficos oteros y florestas, ni de flexibilidad para expresar los dulces afectos de los pastores. Ganaron por el contrario los *romances* castellanos, al hacerse pastoriles, mayor pompa y perfección respecto de la forma, pues que habían caído en manos de los poe-

posiciones simbólicas que en el siglo XVI produce la poesía castellana? No siendo posible al pueblo español manifestar ya su opinión de una manera directa, como lo había hecho en sus cantares durante los tiempos medios; gravando el Santo Oficio sobre el corazón de nuestros padres, como una horrorosa pesadilla, sólo pudieron exhalar sus quejas de un modo indirecto, apelando á la vida campestre y á los ganados, cabañas y pastores para formular su censura sobre todos los actos del gobierno. Esto es lo que, en nuestro juicio, representan por ejemplo los *Avisos proféticos* que en 1572 daban al rey don Sebastian varios poetas portugueses que escribieron en lengua castellana, y esto nos enseñan también los *Avisos* comunicados en igual forma al rey don Felipe II.

¹ Martínez de la Rosa, *Arte poética*, cant. IV.

tas eruditos; mas perdieron al propio tiempo no poca de su antigua fuerza y energía, y comenzaron, ya desde principios del siglo XVII, á ostentar tan extrañas galas y atavios, que desposeídos de su natural llaneza, cayeron al fin envueltos en la ruina total de las letras. Era esto inevitable consecuencia de las condiciones á que se sometieron: de forma popular que fueron en casi toda la edad media, se habian hecho eruditos, y no siéndoles posible sostener aquel tono contrario á su índole y á sus orígenes, se hundieron en los mayores desvarios. Los *romances pastoriles*, representando la omnimoda influencia del arte toscano-latino en la literatura española, forman pues una especie de paréntesis en la historia de la poesía popular, si bien manifiestan, aunque siempre de un modo indirecto, el estado de servidumbre á que habia venido el pueblo castellano.

Cuando consideramos que en la misma época en que los leones de España rugian al par en las márgenes del Álbis y del Orinoco, llenando ambos mundos con la fama de sus proezas, enmudecen los antiguos *juglares de boca*, abandonando á los vates eruditos sus antiguos héroes y sus más caras tradiciones; cuando contemplamos que aquel digno instrumento que en los pasados siglos habia servido, ora para ensalzar las hazañas y las virtudes, ora para acusar á los cobardes y á los traidores, entregándolos á la execración pública, no podia ya revelar lo que estaba acaeciendo en uno y otro hemisferio, fuerza es convenir en que algo fatal habia sucedido en España, anunciando un próximo y terrible rompimiento entre todas las clases que apiñadas antes en torno de un solo estandarte, formaban un solo pueblo. Pero este divorcio que se vislumbra en los *romances pastoriles*, por la negacion de todo sentimiento patriótico, aparece ya realizado al examinar los que han merecido nombre de *vulgares*.

VII.

Mientras se apoderaban los eruditos, segun queda insinuado, de las antiguas crónicas é historias para dar pábulo á su imaginacion, procurando al mismo tiempo resucitar los *romances históricos* (que habiendo dejado virtualmente de existir, cuando se es-

cribieron, sólo podian renacer en el teatro), hacia la musa popular los últimos esfuerzos para sostener en la literatura castellana su desquiciado imperio. Pero habia ya cambiado lastimosamente el aspecto de la nacion española, siendo en consecuencia de todo punto inútiles aquellas laudables tentativas: la importancia alcanzada por el pueblo español respecto del Estado, durante la época de la reconquista, merced á la necesidad de su sangre y de su oro; la constitucion municipal ganada á costa de inauditos peligros; la facilidad que le dieron las armas para escalar riquezas y gerarquias por el camino del heroismo; la nobleza misma, que despertando su estímulo y rivalidad, le conducia é impulsaba en la senda de la gloria..., todo habia desaparecido ante su vista, cayendo sobre su frente la mano de hierro del despotismo, acariciado y defendido por la teocracia. Aquel pueblo que peleando *pro aris et focis*, es decir, por su Dios y por su patria, logró al cabo de ocho siglos restituir á la última su independenciam, arrancando del poder de la morisma los profanados altares de sus padres, sólo tenia ya el triste recurso de correr á extrañas regiones para sacrificarse á la ambicion y orgullo de sus reyes, ó el de volar al Nuevo Mundo en busca de oro.

Cerrados todos los caminos que le llevaron al engrandecimiento y poderio; dominado por el fanatismo que alimentaba á sabiendas la opresora sagacidad de la Inquisicion; avezado á las escenas de horror y de sangre con los *autos de fé*, tan repetidos en las más nobles ciudades de la monarquia; y por último, apartado para siempre de aquella aristocracia que habia en gran parte salido de su propio seno, rompió la antigua alianza establecida con ella en medio de los combates; y reconcentrándose en sí mismo, sólo aspiró á vivir dentro de su propia esfera, desdeñando las hazañas de los nobles, porque no le era dado ya prohibirlas. Entregado en tal manera á sus maleables y torcidos instintos, consagró su amor y su cariño á otro género de héroes, extraños hasta entonces á la poesía castellana; héroes con quienes le ligaron por último las mismas creencias, sentimientos y costumbres; pero cuyo origen era la liviandad, cuya educacion el crimen, y cuyo fin el cadalso. Hé aquí pues cómo nacieron á mediados del siglo XVII los *romances* apellidados *vulgares*, postrera degeneracion de los históricos,